



# Serhiy Zhadan

## Orfanato

Traducción del ucraniano de Andrei Kozinets



SERHIY ZHADAN

# Orfanato

Traducción de  
Andrei Kozinets

Galaxia Gutenberg

La edición original ucraniana se publicó  
en Meridian Czernowitz Chernivtsi en 2017, bajo el título Інтернат  
Traducción del ucraniano: Andrei Kozinets Kozinets

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2022

© Serhij Zhadan, 2017  
© Suhrkamp Verlag Berlin, 2018  
Todos los derechos reservados y gestionados a través de Suhrkamp Verlag Berlin  
© de la traducción: Andrei Kozinets, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdager, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 19746-2022  
ISBN: 978-84-18218-96-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

- Ve a buscarlo –le dice el padre a voz en grito.  
–Que lo vaya a buscar ella –le responde Pasha–, es su hijo.  
–También es tu sobrino –le recuerda el padre.  
–¿Y qué?  
–Y es mi nieto.

La tele suena de fondo. El padre no la apaga ni siquiera durante la noche. En su casa, la tele es como una llama eterna: se queda encendida no tanto para entretener a los vivos como para conmemorar a los muertos. El padre está tan pendiente del pronóstico del tiempo que pareciera que fueran a hablar de él. Una vez acabado el parte meteorológico, se queda sentado un rato como si no diera crédito a lo que acaba de oír. Pasha, en cambio, no mira la tele, y menos durante el último año, pues las noticias son simplemente aterradoras. Se queda en su cuarto, sentado en el sofá junto al escritorio abarrotado de libros de texto; de golpe no aguanta más, se pone en pie de un salto y sale a la calle. El padre se gira al oír el restallido de los resortes del sofá que crujen como ramas de una hoguera encendida por excursionistas. El mobiliario de la casa es viejo pero resistente: seguramente sobrevivirá a sus dueños actuales. La hermana había propuesto reiteradamente cambiar al menos el tapizado de los sillones, pero Pasha se negaba. Cambiarlo para qué, decía, era lo mismo que hacerse un *lifting* a los setenta: claro que era posible, pero mejor sería tomar un analgésico. Como últimamente la hermana casi no se dejaba caer por casa, ya no se había vuelto a hablar sobre cambiar el tapizado.

Pasha amaba su casa, había vivido siempre allí y tenía la intención de seguir viviendo. La habían levantado unos prisioneros de guerra alemanes nada más acabar la contienda. Era un edificio bastante espacioso, capaz de alojar a dos familias. Estaba ubicado en la segunda calle, contando desde la Estación de tren, dentro de un sector de casas de vecindad habitadas mayormente por ferroviarios. El pueblo entero se estructuraba alrededor de la Estación, que proveía de empleo y también de esperanza, pues parecía un corazón ennegrecido por el humo de las locomotoras que bombeaba la sangre de los barrancos y los bosques de la zona. Incluso ahora, cuando la playa de maniobras estaba desierta como una piscina sin agua y los únicos que merodeaban los talleres eran golondrinas y personas sin techo, la vida seguía aferrándose a la Estación. Solo que ahora no había empleo. Por alguna razón, es precisamente en los poblados obreros donde primero desaparece. Una vez clausurados los talleres, el personal se dedicó a sus propios asuntos, refugiado en angostos patios con pozos resecaos por el sol abrasador en verano y en bodegas cuyas reservas de comestibles se agotaban mucho antes de que llegara la Navidad.

Eso que Pasha, en comparación con el resto, no se podía quejar: al fin y al cabo era funcionario. «Efectivamente –piensa Pasha al salir de casa y entornar tras de sí la puerta forrada con mantas de hospital–, un funcionario con un sueldo presupuestado al fin y al cabo.» La nieve en el patio, de color rosa y azul, con profundos poros oscuros, refleja el sol del atardecer y un cielo crepuscular. Cortante al tacto, la nieve huele a aguas de marzo, cubre una tierra negra y viscosa, por lo que no hay necesidad de pronóstico alguno: el invierno será lo suficientemente largo como para que a todos les dé tiempo para adaptarse, llegar a asquearse y terminar acostumbrándose. Y una vez acostumbrados, empezará otra cosa. Pero de momento el mundo se parece a un puñado de nieve en unas manos tibias: se está derritiendo, se hace agua, y mientras tanto las manos se enfrían, pierden ese cálido movimiento interno y se vuelven géli-

damente frías. Aun siendo fruto del deshielo, el agua es letal. El sol se hunde dentro de un complejo sistema de espejos acuáticos y sus reflejos; a nadie le da tiempo para calentarse a su luz: inmediatamente después de la hora de comer, tras unos bocinazos húmedos que se quedan flotando en el aire sobre la Estación, empieza a oscurecer, y la sensación del deshielo y el falso efecto de calor desaparecen al instante.

Pasha rodea la casa y luego avanza por un sendero húmedo que serpentea entre árboles. Durante mucho tiempo la familia de Pasha había compartido esa casa con un ferroviario a quien pertenecía la mitad. La otra mitad era de la familia, muy unida, por cierto, de la que formaban parte Pasha, el padre, la madre y la hermana. Hará ya quince años, cuando aún vivían todos juntos, la mitad perteneciente al ferroviario ardió. Por suerte lograron sofocar el incendio y salvar la otra mitad. El ferroviario, sin embargo, no quiso reconstruir su parte: fue a la Estación, tomó un tren en dirección al este y desapareció para siempre. La familia de Pasha simplemente mandó derribar la parte quemada del edificio y después de encalar por fuera la antigua pared medianera siguió habitando su parte. Vista desde fuera, la casa se parecía ahora a media hogaza de pan negro sobre el mostrador de una tienda. Cuando el padre iba a por pan, por cierto, siempre compraba media hogaza para no pagar de más. Y también para que no sobrara. La vida junto a la Estación así se lo había enseñado.

Unos árboles negros se yerguen entre la nieve, sus ramas puntiagudas se perfilan contra un cielo rojizo: tras la cerca comienza la calle con sus casitas blancas de vecindad; aquí y allá se ven las luces eléctricas como limones amarillos, jardines, vallas, chimeneas de cuyas bocas se elevan columnas de humo como si fueran hombres cansados que se quedarán hablando en la calle en pleno enero, dejando escapar un vaho tibio. Las calles están desiertas, no hay nadie a la vista; tan solo desde la Estación llega, intermitente, un eco metálico de los vagones enganchándose, como si alguien moviera allí muebles de hierro. Y además, en dirección al sur, del lado de la ciudad, se oyen, desde la mañana

y durante todo el día, potentes detonaciones aisladas que van variando de intensidad: ora más frecuentes, ora menos. Las resonancias se expanden a gran altura en el aire; la acústica en invierno es confusa: es difícil determinar desde dónde vuelan los obuses ni dónde caen. El aire es fresco, los árboles huelen a humedad, el silencio es tenso. Ese tipo de silencio solo se puede oír cuando todo el mundo se queda callado de repente y empieza a escuchar. Pasha cuenta hasta cien y vuelve sobre sus pasos. Diez estampidos, más o menos. La noche anterior hubo seis. Durante el mismo lapso de tiempo. A ver qué dicen en el telenoticias.

Pasha sorprende al padre en la cocina. Está de pie, encorvado sobre la mesa, metiendo cosas en una bolsa de deporte.

—¿Te vas lejos? —le pregunta Pasha.

Aunque para qué preguntar: está claro que se prepara para ir a buscar al nieto. Mete escandalosamente un diario viejo en la bolsa (releer los diarios viejos tiene el mismo sentido que repasar los crucigramas ya resueltos), las gafas (Pasha discute todo el tiempo con el padre por esas gafas de lentes gruesas que distorsionan la imagen: «Es mejor entonces que lleves unas de sol, con esas no ves nada»), el carnet de jubilado (si tiene suerte, tal vez viaje gratis), un teléfono móvil cuya pantalla está gastada como la superficie de un guijarro, un pañuelo limpio. El padre lava y plancha él mismo sus pañuelos, se niega a cargar a la hija con esa faena. Una vez al mes se planta delante de la tabla de planchar y alisa los pañuelos con esmero, grises por el uso, como si secara estropeados billetes de grivnas recién salidos de la lavadora. Pasha no deja de proveerle de clínex, pero el padre sigue utilizando pañuelos, es una vieja costumbre desde la época en que trabajaba en la oficina de la Estación cuando las servilletas de papel ni existían. De las otras tampoco había. Aunque el padre casi no sabe usar el móvil, lo lleva siempre encima. El aparato tiene magulladuras y un botón verde muy gastado. Es Pasha quien pone dinero en la cuenta de prepago, el padre nunca ha aprendido a hacerlo. Ahora el padre está guardando con esmero las cosas dentro de la bolsa,

hurga en ella, calla enojado: se hace cada vez más complicado tratar con él, es imposible decirle nada porque se enfada como un niño. Pasha va hacia los fogones, coge la tetera y bebe a morro. Como en verano los pozos se secan, da miedo beber el agua del grifo: a saber qué hay ahora en las cañerías. Es por eso que la gente del pueblo hierve el agua antes de beberla y evita cogerla de los acuíferos locales. El padre sigue sin contestar mientras hurga en los bolsillos.

–De acuerdo –dice Pasha–. Iré yo a buscarlo.

Pero el padre no se rinde así como así. Saca de la bolsa el diario, lo despliega, lo vuelve a plegar, lo dobla en cuatro partes, lo vuelve a meter en la bolsa. Sus dedos, secos y amarillentos, rompen con nerviosismo la hoja; a Pasha ni siquiera lo mira, sigue encorvado sobre la mesa, quiere demostrar algo, está en guerra con el mundo entero.

–¿Lo has oído? –le dice Pasha–. Iré yo a buscarlo.

–No hace falta –responde el padre.

–Si ya te he dicho que iré yo a buscarlo –insiste Pasha con cierto nerviosismo.

El padre vuelve a sacar escandalosamente el diario de la bolsa y sale de la cocina. Luego abre de un tirón la puerta de la sala. Un haz de luz cálida que proviene de la pantalla de la tele penetra en la oscuridad del pasillo. Acto seguido, el padre cierra la puerta de un golpe tras de sí como si se fuera a encerrar dentro de una nevera vacía.





## Primer día

Una mañana de enero, larga e inmóvil como la cola de espera en un centro de atención primaria. El frío matutino de la cocina, la penumbra color grafito al otro lado de la ventana. Pasha se acerca a los fogones y percibe enseguida el olor dulzón a gas. Siempre lo ha asociado con un despertar vigoroso por la mañana. Cada amanecer, hacer los preparativos para ir al colegio, meter en la cartera las libretas de sus alumnos y los libros de texto, entrar en la cocina, aspirar el olor dulzón a gas, tomar un té cargado, desayunar el pan de ayer, convencerse de que ha tenido suerte en la vida y, tras convencerse, correr hacia el cole. Ese olor lo acompaña durante toda la vida; si amanece fuera de casa, ni siquiera tiene ganas de desayunar porque echa de menos su cocina por la mañana que desprende el olor a fogones quemados. Pasha mira por la ventana, observa la nieve negra y el cielo negro, se sienta a la mesa, sacude la cabeza para despertarse del todo. Son las seis de la mañana, es un lunes de enero y comienza otro día sin ir a trabajar.

Del alféizar de la ventana, coge unas libretas, las hojea, las vuelve a poner en el mismo sitio, se pone de pie, va hacia el pasillo, echa un vistazo al cuarto de estar. El padre duerme sentado en el sillón; desde la pantalla de la tele alguien bañado en sangre intenta llamar a gritos su atención, pero no lo consigue, pues el padre bajó el volumen a cero la noche anterior, ahora ya no hay manera de llegar a él ni siquiera gritando. Pasha se queda quieto durante un instante, mirando la sangre en la pantalla. El que grita desvía la mirada hacia Pasha y ahora

le grita a él como pidiendo que no apague la tele, que le preste atención porque tiene algo importante que decirle, algo que a Pasha también le afecta. Pero Pasha encuentra rápidamente el mando a distancia, pulsa un gran botón rojo –como si apretara un tubo de dentífrico–, arroja el mando sobre la mesa y sale a la calle, entornando con cuidado, para no despertar al padre, la puerta de la sala de estar. Sin embargo, las bisagras rechinan con un sonido de alarma en la penumbra matutina, el padre se despierta al instante, coge el mando y, sin decir palabra, vuelve a encender la tele en cuya pantalla está ocurriendo algo aterrador que afecta a todo el mundo. En ese momento Pasha ya ha llegado corriendo a la Estación.

\*

«Algo va mal –piensa él–, algo va mal por aquí.» No hay ni un alma, ni una sola voz. Ni siquiera se oyen las locomotoras. Ni hay nadie que venda nada. La nieve azul oscuro se hace agua, la temperatura casi supera los cero grados, pero el cielo está nublado, la humedad flota en el aire y se transforma de vez en cuando en una llovizna apenas perceptible; más allá, sobre las vías férreas, cae una densa niebla que ahoga el sonido de los pasos y de las voces. «Es temprano –razona Pasha–, solo eso, es muy temprano.» En dirección al sur, allí donde comienza la ciudad, se percibe igualmente un silencio sospechoso, sin detonaciones ni aire desgarrado. Por detrás de una esquina aparece un autobús. Pasha respira con alivio: el transporte sigue circulando, todo está en orden. Simplemente es muy temprano.

Saluda al conductor; este, temeroso, encoge la cabeza dentro del cuello de su chaqueta de piel. Pasha avanza por el pasillo del vehículo vacío de pasajeros, toma asiento en la fila de la izquierda al lado de la ventana. Luego no se aguanta y se cambia a la fila de la derecha. El conductor contempla con desconfianza sus movimientos por el retrovisor como si tuviera miedo de perderse algún detalle importante. Cuando Pasha cruza la

mirada con la suya, el conductor desvía los ojos, arranca el motor y tira de la palanca de cambios. El metal cruje resentido, el autobús se pone en movimiento, el conductor hace una especie de vuelta olímpica en medio de una niebla hueca, y la Estación se queda atrás. «En autobuses como este se transporta a muertos al cementerio –se le ocurre a Pasha–. Esos coches fúnebres, con una franja negra pintada sobre los laterales. ¿Habrá allí asientos para pasajeros –se pregunta– o es que la viuda se tiene que sentar sobre la tapa del ataúd? ¿Y dónde voy a llegar yo con ese catafalco móvil?»

El autobús recorre una calle desierta, luego otra. Más allá, tras la esquina, estará el mercado callejero donde unas jubiladas comercian a diario algunas cosas congeladas. El autobús gira en la esquina, pero no se ve ni a las jubiladas ni a transeúntes. Pasha ya es consciente de que algo realmente va mal, de que algo extraordinario ha sucedido, pero hace ver que no pasa nada. Que no cunda el pánico, desde luego. El conductor se esfuerza por desviar la mirada, y arrea su coche fúnebre a través de la niebla y la lluvia. «Debí haber mirado las noticias quizá», piensa Pasha, presa del nerviosismo. Y lo más sospechoso es aquel silencio, tras todos esos días en que el cielo al sur, sobre la ciudad, parecía un almacén de metal al rojo vivo. Los alrededores están quietos y desiertos como si todo el mundo se hubiera marchado con el tren de medianoche. Solo se han quedado Pasha y el conductor, pero también ellos dejan atrás los dos bloques de pisos que se elevan sobre un terreno arenoso y el garaje, y circulan fuera del poblado. Un largo paseo bordeado por álamos conduce a la carretera; los álamos se asoman entre la niebla como niños por detrás del hombro paterno. En algún lugar allí arriba ya se mueve el sol, en algún lugar seguramente ya ha hecho su aparición, y aquí, aunque no se lo ve, ya se lo siente de todos modos. Y no se siente nada más. Así que Pasha observa con desconfianza toda aquella humedad circundante e intenta comprender qué es lo que se le escapa y qué fue lo que le quiso transmitir aquel tipo bañado en sangre sobre

la pantalla de la tele. El conductor sorteando con cuidado los baches helados, alcanza la carretera y gira a la derecha. El autobús llega a la parada y se detiene como de costumbre porque allí suele haber alguien que espera para subir. Hoy no, por lo visto. El conductor, más por hábito que por otra cosa, se queda esperando un rato, con las puertas del autobús abiertas, luego se vuelve hacia Pasha como si le pidiera permiso, acciona el cierre de las puertas y vuelve a arrancar. El coche gana velocidad y va a parar directamente junto al puesto de control.

–Malditos... –alcanza a decir el conductor.

El puesto rebosa de militares: están apostados tras unos bloques de hormigón, bajo unas banderas nacionales destrozadas, mirando en silencio en dirección a la ciudad. ¿Cuántas veces debió haber pasado Pasha por aquel sitio durante los últimos seis meses desde que, tras unas escaramuzas, se había restablecido allí el poder gubernamental? Viajando a la ciudad o de vuelta a casa, a la Estación, tuvo que esperar cada vez para que le comprobaran los papeles, es decir, para que lo metieran a uno en problemas. Aunque es verdad que a Pasha siempre lo dejaron pasar sin decir palabra ni hacer preguntas puesto que él era un lugareño, tenía el padrón en orden, y por tanto el Estado no lo tenía en su punto de mira. Pasha estaba acostumbrado a las miradas de indiferencia de los gendarmes, a sus movimientos de autómatas, a sus uñas orladas de negro, al hecho de que tenía que entregarles el pasaporte con el sello del padrón y quedarse esperando mientras su propio país verificaba una vez más su legalidad. Los militares le devolvían el pasaporte en silencio; Pasha lo guardaba en el bolsillo intentando no cruzar la mirada con ninguno de ellos. Las banderas nacionales se desteñían lluvia tras lluvia, sus colores se disolvían en el aire gris del otoño como la nieve en agua tibia. Pasha mira por la ventanilla y ve llegar a toda velocidad un *jeep* recubierto con planchas de hierro oscuro. Del vehículo saltan tres hombres armados con fusiles. Sin hacer caso al coche fúnebre de línea en el que viaja Pasha, corren hacia la multitud que se va

congregando rápidamente más adelante. Los militares apostados en el puesto de control se hablan a gritos, se arrebatan unos a otros los prismáticos para mirar la carretera allá lejos, fuerzan la vista, los ojos rojos de humo y una constante falta de sueño, rodeados por profundos surcos. Pero la carretera sigue vacía, tan vacía que da miedo. Por lo general, hay tráfico a todas horas. A pesar de que la ciudad estuvo durante mucho tiempo bloqueada casi por completo y el cerco se fue estrechando sin parar, nunca había faltado quien conseguía sortear el asedio por esa única carretera, en una dirección o en la contraria. En su mayoría, se trataba de militares que transportaban municiones a la ciudad asediada o voluntarios que llevaban desde el norte, del territorio libre de combates, distintas cosas, como ropa de abrigo o antigripales. ¿Quién iba a necesitar antigripales en una ciudad bombardeada con artillería pesada, a punto de ser tomada? No obstante, eso no detenía a nadie: convoyes enteros, que viajaban desde tierra adentro, rompían una y otra vez el cerco para proveer a los asediados, siendo bombardeados como era de esperar. Estaba claro, sin embargo, que la ciudad acabaría por firmar su rendición y que las tropas se batirían en retirada llevándose las banderas nacionales del país del que Pasha era ciudadano, moverían de una forma u otra la línea del frente hacia el norte, donde estaba la Estación, y por consiguiente harían que la muerte se aproximara una decena de kilómetros. Pero ¿a quién le preocupaba aquello? También había civiles que se atrevían a intentar penetrar a toda costa en la ciudad yendo por el asfalto destrozado de la carretera. Los militares trataban de disuadirlos, pero nadie de la zona se fiaba completamente de ellos, cualquiera se creía el más listo y se echaba a la carretera bajo el fuego de mortero para ir a buscar aunque fuera un certificado de la Seguridad Social, ni más ni menos. Y es verdad: puestos a elegir entre la muerte y la burocracia, es mejor a veces elegir la muerte. Los militares se enfadaban, de vez en cuando cerraban el puesto de control al tránsito, pero, una vez cesaban los

bombardeos, la cola de los que querían pasar volvía a formarse. Y no tenían otro remedio que franquearles el paso.

En ese momento la carretera está totalmente desierta. Al parecer, allí, en la ciudad, realmente sucede algo aterrador, algo capaz de hacer desistir a los conductores de minibuses y estraperlistas. Una multitud de hombres sin afeitar, rabiosos a causa de la falta de sueño y la desesperación, se congrega entre bloques de hormigón y alambre de espino, se gritan unos a otros, descargando la rabia mutuamente. De la multitud se separa un soldado alto y flaco y se dirige hacia el autobús. De debajo del casco, que le queda algo grande, asoman unos ojos frenéticos, frenéticos y abiertos de par en par: lo más seguro es que los tenga así de abiertos por miedo. El soldado hace una seña con la mano como diciendo: «¡Alto ahí, no os mováis!». Aunque, en realidad, ellos ya estaban quietos, inmóviles, y contenían la respiración. De pronto, el espacio en el interior del autobús se agranda, el aire se enrarece de tal manera que aunque uno intente atraparlo con la boca bien abierta es imposible respirar. El soldado se acerca a la puerta del autobús y golpea con la mano abierta contra el metal. El coche, como un submarino hundido, responde con un sonido sordo; el conductor abre la puerta con una brusquedad excesiva.

—¿Dónde vas tú, joder? —le grita el soldado y, agachándose, sube al vehículo.

Se ve obligado a agacharse, el casco se le desliza hacia delante y le tapa los ojos; Pasha cree que lo conoce aunque ¿de qué? «¿De qué me suena?», piensa Pasha. El soldado lo mira con aire hostil, se le acerca, se pone bien el casco, se enjuga con la mano los ojos y le grita a la cara:

—¡Papeles! ¡Papeles, joder!

Pasha rebusca en los bolsillos; de repente los bolsillos se vuelven tantos que Pasha se pierde en ellos y no encuentra lo que busca, y saca todo tipo de basurilla: toallitas húmedas con las que cada mañana en el cole se lustra las botas, temarios impresos para las clases, avisos de la oficina de correos para recoger

un paquete. «Es verdad –piensa Pasha mirando asustado a la cara al soldado–, tengo que recoger el paquete, el paquete, el paquete. Se me ha olvidado», piensa, y su piel al instante se vuelve húmeda y fría como si fuera a él a quien hubieran enjugado con toallitas húmedas.

–¿Y? –grita el soldado cerniéndose sobre él.

Lo más grave es que Pasha no acierta a comprender en qué idioma le habla: ¿en ruso?, ¿en ucraniano? Las palabras que salen de su boca suenan tan rotas y desfiguradas que carecen de entonación ni acento, simplemente grita algo como si quisiera expectorar un resfriado a escupitajos. «Debería hablar el idioma oficial, el ucraniano», entra en pánico Pasha y recuerda que un mes antes, allí mismo, habían desplegado una unidad procedente de la región de Zhitómirt y cómo se reían de él al oírlo cambiar torpemente del ruso al ucraniano y viceversa. «¿Serán los mismos o no?», barrunta Pasha, febril, mirando los ojos enfurecidos del otro que reflejan todo su miedo, el de Pasha.

–Los he dejado en casa –responde Pasha.

–¿Qué? –no da crédito el soldado.

El conductor pega un bote sobre el asiento y se queda de pie, sin saber qué hacer: darse a la fuga o quedarse quieto. Pasha tampoco sabe qué hacer y va pensando: «Ya me vale, ya me vale».

En ese momento alguien pega un grito fuera, un grito tan agudo y prolongado que el soldado se sobresalta, gira sobre sí mismo y, tras empujar al conductor, busca la salida. Este se cae sobre el asiento pero enseguida vuelve a incorporarse y sigue al soldado hacia fuera. Pasha también salta del autobús y los tres van corriendo hacia la multitud que de pronto se queda en silencio y se abre. Y entonces desde el sur, desde detrás del horizonte y como salido de un pozo de aire, empieza a fluir, procedente de la ciudad aislada por el bloqueo, un torrente humano.

r. Ciudad al norte de Ucrania, de lengua predominantemente ucraniana. (*N. de T.*)



Los hay que andan solos, otros forman grupos de dos o más personas, y emergen fatigosamente desde detrás de la línea del horizonte, camino de la multitud que permanece en silencio, a la espera. Apenas visibles en el horizonte, los que llegan, a medida que se acercan, aumentan paulatinamente de tamaño, lo mismo que las sombras a partir del mediodía. Ya nadie usa prismáticos ni nadie grita como si se cuidara de perturbar aquella procesión que poco a poco llena la carretera, extendiéndose a lo largo de centenares de metros. Los combatientes caminan de forma acompasada, puede parecer incluso que no tienen prisa en absoluto, aunque enseguida queda claro que simplemente no pueden andar más rápido: están extenuados, es mucho el esfuerzo que les cuesta recorrer esos últimos centenares de metros. Pero deben avanzar y helos allí, acercándose con terquedad, guiados por la bandera de su país sobre el puesto de control que les sirve de punto de referencia, ascendiendo desde el fondo de la quebrada con aire de pasajeros de un coche de línea a los que hicieron bajar y continuar a pie por no llevar billete. El tiempo parece acelerarse, todo sucede tan deprisa que no caben sustos ni alegrías: los primeros ya han llegado junto a los bloques de hormigón pintado, al tiempo que en la lejanía no dejan de aparecer otros muchos que a su vez comienzan a descender hacia el fondo de la quebrada dirigiéndose al norte para reunirse con los suyos. Y cuanto más se acercan, tanto más nítidas se vuelven sus facciones, tanto más silencioso se hace el ambiente alrededor. Porque ahora ya se distinguen sus ojos que no reflejan más que agotamiento y frío glacial. Su respiración es igual de gélida: ni siquiera desprende vaho. Los rostros están negros por la mugre, el blanco de los ojos reluce. Llevan cascos o gorros negros roídos. Los pañuelos, grises por el polvo de ladrillo, ciñen los cuellos. Armas, correajes, bolsillos vacíos, petates sobre las espaldas, las manos ennegrecidas por el aceite de engrasar, las botas manchadas de barro y de polvo de cascotes. Los primeros en llegar escudriñan con una mirada de recelo y reproche las caras de los que allí

están, expectantes, como si estos fuesen culpables de algo y como si todo tuviese que ser al revés: son ellos, los que abandonan ahora la ciudad asediada, quienes deberían estar allí, esperando bajo el cielo plomizo de enero, mirando en dirección al sur, más allá de la línea del horizonte donde no hay nada excepto fango y muerte. El primero de los recién llegados se acerca a la barrera de protección y de repente alza el puño y se pone a vociferar como si maldijera a los dioses por su perfidia. Blasfema, amenaza, se enfada; las lágrimas corren por su rostro purificándolo. La multitud se abre todavía más y los que llegan, se mezclan con los que aguardan como se mezcla el agua turbia del río con el agua transparente de la mar. La concurrencia ya no cabe en el espacio acotado por los bloques de frío hormigón. El que se puso a dar voces sigue en medio del gentío diciendo algo a gritos sobre la injusticia y la venganza, lamenta que la ciudad se hubiese rendido y quedara abandonada, con todos sus habitantes, en manos del enemigo, que no la defendieran, que optaran por huir para escapar de la encerrona. Es cierto que quienes lo consiguieron están ahora a salvo, pero ¿qué hay de los que se quedaron allí, en las calles barridas por disparos? ¿Qué hay de ellos? ¿Quién los rescatará?

—¿Cómo pudimos huir y abandonar la ciudad como traidores? —chilla sin bajar los puños—. ¿Cómo es posible? ¿Quién responderá por ello? Olezha, Olezha —grita—, mi compadre, ni siquiera pude enterrarlo, arrastrarlo hasta la nieve, allí sigue, carbonizado, en la gasolinera. ¿Quién se hará cargo de él? ¿Quién rescatará tu cuerpo? ¿Quién?

Grita y amenaza con el puño a una nube de lluvia. Hasta que uno de los que llegaron después de él, mientras se abre paso a su lado, le arrea un mandoble en la cabeza, como si dijera «cállate ya, está claro que estamos jodidos». Entonces, todo el mundo se pone a hablar a la vez: unos preguntan, otros responden, llevan a alguno a un sitio al reparo para que entre en calor, a otro lo arropan con una vieja manta chamuscada. En eso llega de pronto al puesto de control otro grupo que carga a hombros

una camilla sobre la que yace un cuerpo tan destrozado y ensangrentado que Pasha no puede menos que desviar la mirada mientras un oficial empieza a pedir a gritos una ambulancia, aunque ¿qué ambulancia puede haber allí? La camilla la cogen quienes aún tienen fuerzas y la llevan al autobús. «Anda –le gritan al conductor–, arranca, lo llevarás a la Estación.» Pasha piensa que ahora mismo regresar a casa es la mejor opción y junto con los otros se dirige hacia el autobús, pero al lado de la puerta ya se ha apostado un militar que, sin mirarlo siquiera, lo aparta de un empujón. De modo que a Pasha no le queda otra opción que quedarse mirando cómo, con mucha precaución, pasan la camilla hacia la parte central del autobús. Pasha se fija en los cabellos del herido pegados con sudor y en la palidez azucarada del hueso del cráneo, parecido a un melón abierto, con su dulce meollo a la vista. Repara también en la mano acalambrada que se aferra al borde de la camilla con la misma fuerza con la que solo se puede aferrar la vida.

El autobús intenta dar media vuelta, pero la multitud alrededor se agita, todos chillan y estorban, estorban y chillan, pidiendo a gritos que no estorben. Por último, alguien da la orden, el gentío se pone en movimiento y se hace a un lado, el autobús da media vuelta y desaparece tras el cruce. A Pasha lo han desplazado hacia el arcén; intenta salir de allí moviéndose con torpeza cuando alguien lo llama a sus espaldas:

–¿Tienes tabaco? –le pregunta un combatiente, con el pelo color plata sucio, que va sin casco.

–No tengo –responde Pasha.

–¿Tienes algo? –insiste el combatiente.

Pasha automáticamente mete la mano en el bolsillo y saca el pasaporte.